

CAPÍTULO 6

ASENTAMIENTOS TEMPORALES COMO TERRITORIO MIGRATORIO DE FAMILIAS TRABAJADORAS AGRÍCOLAS EN VILLA DE ARISTA, S.L.P.¹

María Elena Herrera Amaya²

Introducción

Actualmente, tanto en México como en América Latina, las comunidades indígenas siguen ocupando los índices más bajos de desarrollo social, a lo que se suman los muy altos grados de marginación y pobreza (Coneval, 2020a, p. 25), producto de configuraciones históricas, así como de un racismo sistemático y de Estado que ha estructurado y perpetúa desigualdades sociales, despojos y el menosprecio de los saberes y conocimientos de los pueblos indígenas. La falta de oportunidades laborales y de los medios necesarios para garantizar la subsistencia en sus comunidades de origen ha orillado a familias, comunidades y regiones enteras a migrar en busca de mejores condiciones de vida.

¹ Este capítulo se derivada de un proyecto de investigación doctoral, y reflexiona sobre la información contenida en los capítulos 2 y 3 de la tesis de mi autoría: Herrera Amaya, María Elena, De Cochoapa a Villa de Arista, mano de obra para la agroindustria: racialización de la vulnerabilidad del jornalero agrícola. [Tesis doctoral]. México, 2018. Este proyecto se llevó a cabo durante el periodo de 2014 a 2018.

² Estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: maele.herrera@gmail.com

Así, la migración se ha convertido en una de las principales estrategias de sobrevivencia para una gran parte de las poblaciones indígenas en México. A partir de ésta, dichas familias se insertan en distintos mercados laborales, tanto en los contextos urbanos como rurales, al interior del país o en Estados Unidos y Canadá, aunque en muchos de los casos sea en el sector informal. Si bien tanto los destinos como las actividades en las que se desempeñan las poblaciones indígenas migrantes se han diversificado ampliamente (Cárdenas, 2014; Granados y Quezada, 2018), en la actualidad, la migración articulada a la agroindustria continúa siendo uno de los escenarios en los que el detrimento de la calidad de vida y la salud, así como la violación a los derechos humanos son un problema cotidiano.

Las características del trabajo agrícola, como la flexibilidad laboral, la temporalidad y la falta de vigilancia de las condiciones laborales, contrataciones o garantías lo convierten en un espacio ambiguo que favorece la explotación, en especial, de quienes, desde sus comunidades de origen, buscan una oportunidad en medio de carencias, violencia y necesidades. Sobre todo, cuando, desde el sistema de contratación, se percibe la condición étnica, el monolingüismo o el analfabetismo como una ventaja (Clark, 2008). A esto hay que agregar las condiciones materiales y sociales en las que se desenvuelven las poblaciones migrantes en los espacios receptores. No sólo en las condiciones materiales de asentamiento (regularmente caracterizadas por el hacinamiento, la falta de condiciones mínimas de salubridad, inseguridad, entre otros), sino también por la situación de aislamiento en relación con la población local o, en su defecto, con la constante de que sean considerados como *fuereños*.

En medio de esta situación, las poblaciones indígenas se insertan como actores que se apropian del espacio para la reproducción de su vida cotidiana, tanto si estos espacios se convierten en asentamientos permanentes, con todos los retos que esto representa, como si se construyen asentamientos temporales.

El caso de los asentamientos permanentes de familias jornaleras agrícolas ha sido visibilizado y documentado por diversos autores, principalmente, de los estados del noroeste del país, como Baja California, Sonora o Sinaloa, en donde, desde hace décadas se han conformado colonias, vecindarios y comunidades de migrantes debido a la demanda de mano de obra para el sector agroindustrial en esta región; la ampliación de la temporada de trabajo en algunos campos agrícolas, y el tiempo que ha pasado desde el comienzo de la actividad migratoria en la región que ha favorecido la búsqueda de un espacio permanente para vivir y para la reproducción de la vida cotidiana. Todo esto aunado a una nueva generación que ha optado por asentarse en las regiones receptoras.

Por otro lado, hay otro tipo de asentamientos, los cuales, se conforman como espacios temporales, vinculados con una migración de carácter cíclica. Se trata de lugares que son habitados durante una temporalidad específica (la cosecha), pero que se ocupan año con año, como espacios seguros a donde las familias regresan, viven y de los que se apropian. Sin embargo, su carácter temporal genera ambigüedades ante la población local, que sigue considerando a estas familias como *fuereñas*, y tiene repercusiones también en el acceso a servicios básicos.

Este trabajo reflexiona, entonces, sobre los asentamientos temporales de trabajadores agrícolas; sobre cómo éstos representan más que lugares transitorios o temporales, y construyen lo que Lara (2011) y Saldaña (2017) denominan *un territorio migratorio*: un espacio para la reproducción de la vida social y comunitaria. A pesar de que estas familias no han decidido asentarse definitivamente en los destinos, hacen parte de su vida los espacios que ocupan, no sólo porque regresan año con año, sino porque ahí acuden a la escuela, socializan y realizan otras actividades que no pueden llevar a cabo en sus comunidades de origen. Se parte de que los asentamientos temporales representan un fenómeno distinto al de los asentamientos permanentes, que obedece a con-

textos particulares y que, por ende, representa retos específicos que conviene visibilizar.

Para esto, se presenta el caso de Villa de Arista en el estado de San Luis Potosí, espacio receptor de familias trabajadoras agrícolas indígenas, provenientes de Guerrero. En este escenario, aún no se han establecido asentamientos permanentes, pero se ha conformado una dinámica de asentamientos temporales ocupados por el mismo grupo de personas que han construido comunidad, y lo han hecho parte de su historia familiar y migratoria.

A partir de esto, se busca: 1) visibilizar los asentamientos temporales de las poblaciones jornaleras agrícolas indígenas, un sector sumamente precarizado y que, pese a esto, suele pasar desapercibido dentro de los programas y acciones prioritarias del Estado mexicano; 2) analizar la configuración de asentamientos, campamentos o espacios de indígenas migrantes, en este caso, en entornos rurales mediados por el trabajo agrícola, y 3) reflexionar sobre cómo la conformación de estos asentamientos influye en el acceso a servicios, y la forma como las dinámicas locales configuran estos asentamientos, dificultando o facilitando la inserción social de las familias migrantes durante su estancia temporal.

Así, este texto se estructura de la siguiente manera: primero, se presenta una breve reconstrucción del proceso de conformación de Villa de Arista como enclave agroindustrial y destino de familias jornaleras agrícolas, posteriormente, se contextualiza la forma en que se desenvuelve la vida cotidiana dentro del entorno de Arista. El material etnográfico utilizado, así como algunos testimonios son retomados de la investigación de Herrera (2018), ya que en ésta se documenta el proceso en el que este municipio se transformó en un destino agroindustrial y cómo se conformó como un espacio receptor de familias indígenas. Considero que este material continúa vigente, en la medida en que refiere a una documentación del proceso de instauración de la agroindustria en Villa de Arista

y la llegada de las primeras familias de trabajadores agrícolas, y abre una ventana etnográfica de la vida cotidiana en los albergues para familias jornaleras, en especial, antes de la contingencia sanitaria a causa de la pandemia por covid-19.

Familias indígenas en Villa de Arista: el surgimiento de un enclave agroindustrial y el arribo de un modelo de explotación laboral

A la entrada de la cabecera municipal puede leerse un señalamiento vial que dice: Bienvenido a Villa de Arista, aquí se produce el mejor jitomate del Altiplano, y justo a un costado, bajo el señalamiento, puede observarse la presencia de una empresa agrícola, la única dentro de la cabecera municipal. Tras una deslucida pintura blanca y una malla se notan aún los descuidados surcos, los restos de invernaderos y la maquinaria junto con algunos edificios en proceso de deterioro y de abandono, tal como lo reflejan las letras casi imperceptibles plasmadas sobre el muro: Rancho San Javier, el cual, a pesar de su estado actual, está sumamente articulado con la historia del desarrollo agroindustrial de Villa de Arista y con la historia de fundación del municipio, en una tierra históricamente considerada inhóspita. (Herrera, 2018, p. 98)

Villa de Arista es un municipio de la región altiplano de San Luis Potosí, cuya cabecera se localiza a poco menos de 100 km al norte de la capital del estado, siguiendo la carretera federal número 57 y, a unos 20 km de ésta, por una carretera secundaria. El clima en esta zona es semidesértico y el paisaje está dominado por matorrales, huizaches, mezquites, gobernadora, lechuguilla y vegetación espinosa y de poca altura.

La cabecera municipal es una localidad rural conformada por 8464 habitantes (INEGI, 2020, p. 113), incluyendo 97 per-

sonas hablantes de lengua indígena, principalmente mixteco y náhuatl (Coordinación Estatal para el Fortalecimiento Institucional de los Municipios, s.f., p. 7). Es importante señalar que, dados los procesos históricos y de la conformación de la región altiplano, la población en Villa de Arista no se autodescribe como indígena, así como tampoco hay algún grupo indígena que se considere originario del municipio.³ Esto es relevante en relación con la llegada de población indígena migrante y para comprender la forma como ha sido recibida y representada, dentro del contexto aristense, por la población local.

La principal actividad económica del municipio es la agricultura, con el cultivo tecnificado de chile, jitomate y, en menor medida, lechuga, pepino o sandía. Esta producción proviene de ranchos y campos de pequeños propietarios que comercializan a nivel regional y nacional, más un par de empresas agrícolas exportadoras.

De acuerdo con la investigación de Herrera (2018), y parafraseando el recuento histórico que se realiza en ésta sobre la instauración de la agroindustria en Villa de Arista, fue en la década de 1960 cuando comenzó la producción agroindustrial de jitomate en el municipio, con la intención de extender la temporada de cosecha de Sinaloa. Es decir, la agroindustria en Arista floreció debido al interés de productores locales y su relación con empresarios y productores sinaloenses, con el objetivo de abrir un espacio en el que la temporada alta, por el contrario del noroeste,⁴ cubriera los meses de abril a sep-

³ El estado de San Luis Potosí se divide en cuatro regiones, agrupadas de acuerdo con sus características orográficas, climatológicas y socioculturales. Las regiones media y huasteca, con un clima cálido y húmedo, concentran a las poblaciones indígenas originarias del estado, como tenek, nahua y pame. La ciudad de San Luis Potosí, perteneciente a la región centro, es receptora de población indígena que se ha asentado, como triquis, mixtecos, wirarika, otomíes, entre otros. Sin embargo, en su configuración histórica, al igual que la región altiplano, su población no se reconoce como indígena.

⁴ Por lo general, la considerada temporada alta en Sinaloa y estados como

tiembre. Así fue como se favoreció el desarrollo de su agricultura tecnificada, gracias al descubrimiento y perforación de pozos profundos en las tierras áridas de Villa de Arista, lo que permitió que Arista alcanzara su reconocimiento como municipio en el año de 1972.⁵

Cabe resaltar que la instauración de la agroindustria en Villa de Arista se favoreció de la participación del Estado mediante el otorgamiento de créditos. Con este financiamiento se implementó, en aquel entonces, el denominado modelo sinaloense de producción de tomate (Mora, 2007). Este método, en el contexto de la revolución verde, estaba orientado al monocultivo, la innovación científica para la creación en laboratorio de semillas más resistentes y variadas, la implementación de invernaderos para disminuir los riesgos climáticos, el uso de fertilizantes y agroquímicos, la introducción de técnicas y maquinaria, y los sistemas de riego para compensar la falta de agua en un territorio semidesértico (Mora, 2007; Reygadas y Aviña, 2012).

Según se detalla en Herrera (2018), la instauración de la agroindustria en Villa de Arista causó un llamativo entusiasmo que condujo a la población local, principalmente ejidatarios y campesinos, a volcarse como productores de jitomate a partir del financiamiento y los apoyos gubernamentales.

Cabe destacar que tanto Villa de Arista como la región altiplano a la que pertenece enfrentan escenarios complicados en relación con índices de pobreza y marginación, además de ser expulsores de población migrante, sobre todo hacia el vecino estado de Nuevo León o Estados Unidos. Así, para aquellos pobladores locales que no pudieron sumarse como

Sonora, Baja California y Baja California Sur se extiende desde los meses de septiembre a marzo.

⁵ Villa de Arista ya era municipio, pero en 1946, se suprimió y se adhirió a Villa Hidalgo, también en la región altiplano. Para más detalles, consultar Pedraza Montes (1994).

productores de jitomate, emplearse como jornaleros en los ranchos y empresas emergentes se convirtió en una alternativa laboral frente a la migración y falta de empleos y actividades en el municipio y la región.

Además de la fiebre económica que representó, para un poblado como Villa de Arista, la instauración de la agroindustria, también se produjeron impactos en la conformación de dinámicas laborales, culturales y sociales en la región. Desde el primer momento, arribó al municipio mano de obra migrante, procedente de dos frentes principales. Por un lado, mano de obra calificada, originaria de Sinaloa, cuya labor consistía en capacitar y ocuparse de las actividades más especializadas, incluyendo mujeres que arribaron en la década de 1980 para emplearse en los empaques (Mora, 2007). Y, por el otro, trabajadores agrícolas, principalmente familias indígenas, que vieron en Arista un espacio incipiente con oportunidades laborales, poco saturado y sin mayor competencia (Herrera, 2018).

En un inicio, la población migrante de trabajadores agrícolas más visible era originaria de la huasteca potosina e hidalguense, como se puede leer en el siguiente testimonio:

Los primeros en llegar fueron los “huejutlas”...bueno, los de Hidalgo, de Huejutla, por eso les decían así, esos siempre llegaban, año con año, que los traían en trailers y llegaban a quedarse primero en los campos, luego, en las casas, algunos en la calle ya cuando no había lugar...pero venían de allá, ahorita todavía siguen viniendo pero ya no igual, ahora los que traen son puros de Guerrero. (Habitante de Villa de Arista, comunicación personal, 3 de julio de 2014, citado en Herrera, 2018, p. 130)

Para las familias nahuas originarias de Hidalgo, Villa de Arista representaba un espacio ajeno, pero necesario, en el que se replicaba y reproducía la vida cotidiana. Viajaban en familia, llegaban a quedarse directamente en los campos, donde permanecían por cuatro o seis meses consecutivos; tra-

bajaban en familia, con la participación de los niños en las actividades que pudieran llevar a cabo, y tenían poco contacto con la población local:

Sí, me acuerdo de Arista, pero yo estaba muy chiquito, era un niño, a nosotros también nos llevaban, no me sé el nombre del rancho, yo nomás me acuerdo que decían que ya nos vamos a Arista. De hecho, yo no conozco Villa de Arista, el pueblo pues, yo nada más conocía el rancho porque de ahí no salíamos, pero mucha gente de allá donde soy pues [Huejutla] iba mucha gente, familia, vecinos, nos encontrábamos luego en los ranchos aunque íbamos con distintas personas [contratistas o por su propia cuenta]. Sí, ahí nos quedábamos en el rancho, me acuerdo de mis hermanas cortando el chile, el jitomate, mucha gente íbamos de mi rancho. (Adolfo N., comunicación personal, 8 de marzo, 2015, citado en Herrera, 2018, pp. 130-131)

Con la llegada de esta población indígena migrante se replicó, además de un sistema tecnificado de producción agrícola, un modelo de contratación laboral, y se estableció en Villa de Arista una estratificación del trabajo (Mora, 2007; Lara, 1995), misma, que está basada en configuraciones racializadas de la diferencia cultural (Herrera, 2018). Los trabajos calificados quedaron asignados a la población local o sina-loense, mientras que la no calificada se destinó a la población indígena, construyéndose, así, una frontera ilusoria entre los trabajos para *mestizos* y aquéllos para *indígenas*.

Los pobladores de Arista comenzaron a representar a la población nahua como *apta para el trabajo agrícola*, a partir de prejuicios y estereotipos racializados, y trazaron otra frontera respecto a la identidad y la diferencia cultural. Estas construcciones son importantes para comprender la forma como las poblaciones migrantes son representadas desde la población local, y, por tanto, los espacios que se configuran como permitidos o tolerados para ellos. Por ejemplo, en la siguiente cita

se puede observar la construcción de estereotipos y prejuicios sobre la población indígena que llegó para desempeñarse como jornalera.

Esos huejutlas eran bien buenos pa' tomar y se les ponían de frente a unos cuantos de por acá (Arista), había unos que traían su dinero y que invitaban sus cartones, yo sí, ¡a mí que me inviten!, uhh, pero había gente de Arista que no quería tomar con ellos, que decían, ¿que me invite a mí un huejutla? ¡No'mbre, ni que estuviera yo muerto de hambre! Yo digo que les tenían envidia porque a veces esos [huejutlas] traían más dinero y hasta aguantaban más que ellos. (Habitante de Villa de Arista, comunicación personal, a 27 de agosto, 2014, citado en Herrera, 2018, p. 132).

De acuerdo con Herrera (2018), bajo la categoría de *huejutlas* se construyó una representación racializada, despectiva y peyorativa que ubicaba a estas poblaciones como inferiores y, con esto, la ilusión de que pueden justificarse el trabajo pesado, la falta de garantías laborales, y las condiciones de asentamiento o bienestar en general —entre éstas el aislamiento de los campamentos—, incluyendo asumir como natural que las familias hidalgüenses pasaran temporadas enteras en los campos agrícolas. La articulación de los trabajos precarios a nivel mundial con sujetos inferiorizados es una realidad de carácter global. Estudios como los de Bourgois (1994), Moberg (2003) y García y Decosse (2014) permiten reflexionar sobre una estratificación laboral basada en la distinción étnica para justificar la explotación, precarización y los maltratos, y que, en el caso de la agroindustria en México, se traduce en la construcción de la población indígena migrante como la fuerza de trabajo (Garduño, 1991).

No es aleatorio que las poblaciones que se emplean en el trabajo agrícola sean aquellas provenientes de regiones con los más bajos índices de desarrollo humano y con graves problemas de pobreza y marginación, ni que, en México, éstas sean las poblaciones indígenas, históricamente inferiorizadas y despojadas de bienes culturales, materiales y territoriales.

Retomando a Herrera (2018), en la agroindustria, la estratificación laboral se activa mediante procesos de racialización, particularmente, se ha construido un nicho para jornaleros indígenas. El trabajo de pisca y recolección —el más demandante— se normaliza como propia de los trabajadores indígenas y, a partir de ello, se justifican no sólo el trabajo, sino también las condiciones materiales y laborales que padecen

Esto puede ejemplificarse en comentarios que forman parte del sentido común de la población de Villa Arista al referirse a familias nahuas, [cuando recuerdan a las personas de Hidalgo o incluso para referirse a las poblaciones nahua y navesavi, provenientes de Guerrero], “se quedaban donde sea”, “así estaban acostumbrados”, “por eso les era fácil”. La racialización de las familias nahuas se activó para materializarse en la conformación de un nicho laboral para cumplir con el corte de tomate. (Herrera, 2018, p. 134)

La configuración de este nicho laboral, a la par de procesos de racialización, sirve para explicar y comprender la forma en que las poblaciones indígenas, como migrantes, se insertan en los espacios de tránsito y destino, al mismo tiempo que expresa cómo son reconocidas por los pobladores locales. Estas construcciones racializadas sobre la diferencia cultural tienen implicaciones en la inserción de los asentamientos; la libertad de tránsito de las personas, no como una cuestión legal o formal, sino como parte de las interacciones cotidianas, configura espacios permitidos u obstaculiza el establecimiento de asentamientos permanentes. Las poblaciones nahuas que acudían a Villa de Arista para el corte de jitomate nunca construyeron un asentamiento permanente, finalmente, buscaron otros espacios como Guanajuato o Jalisco para emplearse como trabajadores agrícolas.

A partir de la década del 2000, nos señala el trabajo de Herrera (2018), comenzó a llegar población migrante proveniente de La Montaña de Guerrero, una región con algunos

de los índices más preocupantes de pobreza y marginación social y económica a nivel nacional. De acuerdo con información del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2020b), en Guerrero, 66.24% de la población total se encuentra en situación de pobreza; 25.5% en pobreza extrema; 70.4% cuenta con ingresos inferiores a la línea de pobreza, y 34.8% con ingresos inferiores a la línea de pobreza extrema.

A esta información se suman las carencias sociales: 26.6% correspondiente a rezago educativo; 33.5% en acceso a servicios de salud; 73.5% en acceso a seguridad social; 25.9% para calidad de espacios de la vivienda; 56.3% en acceso a servicios básicos en la vivienda, y 36.1% en el acceso a la alimentación nutritiva y de calidad. Estos datos colocan al estado en el tercer lugar con los más bajos índices de desarrollo humano en el país, por debajo de Chiapas y Oaxaca.

Al interior del estado, dichas carencias sociales e índices de pobreza tienden a incrementarse y concentrarse en las regiones indígenas, principalmente en la región Montaña. Según la edición de la pobreza multidimensional y gasto en ramo 33 del Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) (2018), en Guerrero, los seis municipios más pobres (Cochoapa el Grande, Metlatónoc, Acatepec, Atlixac, Atlamajalcingo del Monte y Alcozauca de Guerrero) pertenecen a la región de La Montaña; todos estos, con índices de pobreza por encima de 96% (p. 5), y todos, expulsores de familias jornaleras indígenas.

Ante este panorama y la continua búsqueda de nuevos destinos agroindustriales, llegaron a Villa de Arista poblaciones na savi (mixteca), me'phaa (tlapaneca) y nahua de Guerrero. Éstas desplazaron, paulatinamente, la presencia mayoritaria de los grupos nahuas originarios de las huastecas hidalguense y potosina, y ocuparon el nicho de trabajador agrícola que se había construido en torno a las familias provenientes de Hidalgo. Con ellas también se configuró, en

Arista, otra forma de ocupar el espacio, y otras dinámicas — desconocidas para la población local— con las que las poblaciones indígenas migrantes se visibilizan como comunidad y se apropian del espacio.

Configurando y reproduciendo el territorio en los espacios de tránsito y destino

La anterior reconstrucción del proceso de instauración de la agroindustria en Villa de Arista, retomada de la investigación de Herrera (2018), sirve para sentar las bases de una reflexión actualizada sobre los procesos en los que se configuran y conforman los asentamientos de las personas trabajadoras agrícolas y, en general, de las poblaciones indígenas migrantes. Al mismo tiempo que permite analizar la cuestión del territorio migratorio como parte de la historia y memoria de los grupos migrantes. De acuerdo con Lara (2011) “hablar de territorios de migración es partir de la idea de que en ir y venir los espacios de trabajo por los que se transita son parte de los espacios de reproducción de los jornaleros” (citado por Saldaña, 2017, p. 121).

En este sentido, los espacios ocupados por las familias jornaleras durante la temporada de corte forman parte de su reproducción social y comunitaria, por ende, merecen una mayor visibilidad y ser reconocidos como parte del territorio que ocupan y se apropian. A continuación, presento algunos fragmentos que permiten representar el desarrollo de la vida cotidiana en Villa de Arista.

A partir de la investigación de Herrera (2018), se retoma la siguiente recreación del espacio cotidiano:

Es el mes de junio, el mes más representativo de la temporada alta, y un grupo de hombres comienza a reunirse en la esquina de las calles 18 de marzo e Hipódromo en la cabecera

municipal de Villa de Arista. Ocupan la esquina del parque municipal, mientras esperan a que lleguen las camionetas de estacas y los trasladen a los campos agrícolas para el corte de jitomate. Son las 7:30 de la mañana y un cielo completamente despejado anuncia otro día soleado. Todos los reunidos son hombres entre los veinte y los cincuenta años, todos llevan sombrero o gorra, un pañuelo atado a su cuello, camisas de manga larga, sudaderas, una mochila a sus espaldas y botes de plástico (20 litros). Ellos se emplean por un sueldo fijo acordado para una jornada diaria.

En contra-esquina, tras los muros —pintados de rojo y amarillo, y de un barandal blanco— en el albergue para jornaleros agrícolas, la vida comenzó desde las 5:30 de la mañana, cuando las mujeres, provenientes de Guerrero (nahuas y mixtecas de La Montaña), se levantaron a “echar tortilla”. Al interior del albergue, hombres y mujeres se preparan también para salir a pisca. Doña Dominga, originaria de San Miguel del Progreso, Malinaltepec, Gro., prepara, además del desayuno, algunas tortillas para envolverlas junto con un poco de comida para su esposo don Miguel y su hija de dieciséis años —ataviada ya con su pañuelo en el cuello, su cabello envuelto en otro y una sudadera atada a la cintura— para que coman cuando les dé hambre durante la jornada de pisca. Sus otros hijos, Marco de doce años, Pedro de cuatro y Laura de ocho meses, son el motivo por el que doña Dominga esperará junto con ellos en el albergue. (p. 169)

En la década de 1990, la, en aquel entonces, Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), a partir del Programa Nacional para Jornaleros Agrícolas (Pronaj), construyó dos albergues en Villa de Arista, con la finalidad de brindar hospedaje y otros servicios básicos —agua, electricidad, sanitarios, así como acceso a la salud, y educación tanto para niños como para adultos— a los trabajadores agrícolas y sus familias.

Ambos albergues, el de Arista (localizado en la cabecera

municipal) y el de San Rafael (a las afueras de Arista, en la carretera rumbo a Moctezuma), le otorgaron cierta oficialidad a la presencia de las familias indígenas en el escenario del municipio. Así mismo, les adjudicaron un *espacio* donde eran ubicables y, por tanto, *aceptados*. Estos dos albergues reciben, principalmente, población na savi y nahua de Guerrero. En el de Arista suele predominar la primera, pues sus cabos son también na savi y suelen llevar a sus familiares, vecinos y amigos, lo que favorece a que las personas se conozcan entre sí. La asignación de los cuartos al interior de los albergues es indistinta de su origen étnico, tiene que ver, más bien, con el orden en que van llegando y la disponibilidad. El albergue más grande, el de Arista, cuenta con poco más de veinte cuartos individuales, y tiene capacidad para, aproximadamente, ciento cincuenta personas, insuficiente para dar cobertura a la población migrante.⁶

Además de los cuartos —dispuestos en hileras, todos con puerta hacia el patio o corredor—, el albergue cuenta con: una galera que funciona como aula para las clases multinivel;⁷ otra, conocida como la cocina, pero usualmente ocupada

⁶ No hay una cifra claramente definida sobre la cantidad de población migrante que llega a Villa de Arista durante la temporada de corte. En comunicación personal, antiguos promotores del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) mencionaron una media de 3000 personas censadas a lo largo de la temporada, cantidad que representa tan sólo al grupo de personas que eran, de alguna forma, visibles o alcanzables para los promotores. Actualmente, sin estos mecanismos, es más difícil llevar un registro sobre la población que arriba y transita por este destino migratorio. Otra fuente sobre las posibles cifras es un informe llevado a cabo por la ONG Respuesta Alternativa A. C. y Catholic Relief Service (CRS), en el año 2014, en el que se hablaba de 1222 hombres y 232 mujeres contratados por empresas agrícolas. Sin embargo, este número no refleja, ni incluye la totalidad de la población. Al no tener un claro registro de la cantidad de personas jornaleras, el punto más alto de la temporada suele reflejarse cuando los espacios de hospedaje comienzan a agotarse.

⁷ Cuando se realizó esta investigación, estaba vigente el Programa Educación Primaria para Niñas y Niños Migrantes (PRONIM), en Arista, a cargo de dos profesoras locales; una se hacía cargo del nivel preescolar, y otra de

para albergar a más personas;⁸ un área de fogones de leña, a la intemperie pero techada, que es el espacio designado para cocinar y comer, el cual, se satura y resulta insuficiente por las mañanas y por las noches; una oficina de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol),⁹ que llevaba a cabo el control y registro para el, ya extinto, Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA); una galera más para el personal del albergue, con camas, un espacio para cocinar y sanitarios; un consultorio;¹⁰ un área de juegos infantiles; una cancha de basquetbol; un área de lavaderos, y los sanitarios y regaderas.

Sólo un grupo de familias alcanza espacio en el albergue para jornaleros agrícolas; el resto de la población, la mayoría, se instala, de acuerdo con sus posibilidades, en casas de renta, bodegas (en malas condiciones y no adaptadas para la ocupación humana), o bien, en los mismos campos agrícolas, en espacios improvisados y, a veces, en la clandestinidad.

Además de las viviendas particulares en renta y de los albergues oficiales, hay espacios que son ocupados por las familias y trabajadores individuales, como bodegas o espacios dentro de los propios campos agrícolas. También existe un lugar conocido como El Arbolito, un terreno que alberga unos cuartos sin acondicionamiento, ni carácter oficial: no cuentan con ningún tipo de jurisdicción o administración, los cuartos no cuentan con puertas o ventanas, no hay sanitarios, no cuentan con luz eléctrica y el agua potable se abastece por tambos. (Herrera, 2018, p. 165)

primaria, ambas dentro del mismo espacio. Estas profesoras llevaban cerca de tres años trabajando en la misma modalidad. Personal del albergue comentó que antes el programa educativo era distinto: se enviaban tres o cuatro profesoras que también se quedaban en el albergue y se acoplaban a los horarios de trabajo; además incluía educación para adultos.

⁸ Por lo general, personas que viajan solas y no en familia, sobre todo hombres.

⁹ Vigente al momento de llevar a cabo esta investigación.

¹⁰ El consultorio es atendido por un médico y una enfermera de la Secretaría de Salud que acuden a brindar atención médica gratuita cada semana, quincena o mes.

Dentro de las opciones de viviendas y hospedaje, el albergue de Villa de Arista es percibido por las familias indígenas como un lugar privilegiado, ya que no tienen que pagar renta, servicios o mantenimiento, además de que ahí se sienten seguras, al estar cerrado (bardeado, aunque sus puertas permanecen abiertas las 24 horas) y dentro de la cabecera municipal de Arista, la cual, cuenta con cobertura de red y establecimientos que brindan servicio de internet, además, alrededor hay viviendas, tiendas y farmacias.

Sin embargo, esta percepción contrasta con la que la población aristense tiene sobre el albergue y sus alrededores, ya que lo consideran un espacio peligroso dentro de la cabecera, un lugar al que recomiendan no pasar por las tardes o en la noche; representación estigmatizada a partir de la presencia de familias jornaleras. Pese a esto, la población local aprovecha la presencia de estas poblaciones para venderles algunas mercancías y ganar dinero. Así, a las afueras del albergue, la gente de Arista suele vender, desde las casas aledañas, botellas de aceite, sal, azúcar, café, huevos o paquetes de harina maseca, artículos que la mayoría de las familias adquieren para elaborar sus alimentos, o bien, los días de paga, ropa, artículos de belleza, plástico, higiene personal, sombreros, cachuchas, pañuelos y otros accesorios que saben que usan las personas jornaleras.

Además, la presencia de familias indígenas disminuye conforme se alejan del albergue y sus alrededores, no se les suele ver en la plaza principal o en eventos del municipio. Su presencia se configura en torno al nicho laboral y las actividades que, para la gente local, representa su estadía. También es tolerada su presencia en la fila del cajero automático de la presidencia municipal, en el mercado y otros establecimientos. Aunque no hay una expresión abierta de rechazo, se reproducen actitudes que delimitan una frontera entre la población local y la población migrante.

Si bien, en Villa de Arista aún no hay asentamientos permanentes, cabe reflexionar sobre el papel que juegan los

asentamientos temporales durante la temporada de cosecha, tomando en cuenta que son los mismos espacios que estas familias visitan y habitan año con año y durante cuatro o seis meses. Por ejemplo, Maurilio Ventura es originario del municipio de Cochoapa el Grande, en La Montaña de Guerrero, es el más grande de su familia, un hombre casado, con dos niñas menores de cuatro años; vive con sus padres y el resto de sus hermanos, por lo que se desplazan todos juntos, una comitiva de diez personas. Cuentan con una camioneta en la que pueden transportar objetos de primera necesidad y otros artículos, como enseres domésticos, ropa, cobijas, un televisor, un reproductor de DVD y una caja de cartón con una colección de películas, novelas mexicanas, videos musicales y grabaciones de conciertos, bailes y fiestas patronales de su pueblo y comunidades aledañas.

Año con año, desde que él tenía apenas diez años, arriba a Villa de Arista, junto con su familia. Se instalan en el mismo cuarto de 5 x 5 metros, equipado con dos camas, dentro del albergue, y se encuentran con vecinos, familiares y amigos que se hospedan en los cuartos vecinos. Cada día salen todos a trabajar, quedando sólo la esposa de Maurilio con sus hijas y uno de sus hermanos menores de edad. Fuera de los campos agrícolas y del albergue, no suelen recorrer otros espacios en Arista, pese a estar en la cabecera municipal. Su esposa no habla español y no se atreve a ir a las tiendas o salir a recorrer las calles, ni a interactuar con otras mujeres fuera del albergue.

Sin embargo, ahí dentro se reproduce la vida social y comunitaria; cada cuarto representa la vivienda de una familia, algunas de ellas provienen del mismo pueblo o son familiares, otras ya se conocen con el paso de los años, incluso han construido redes entre sus comunidades, tras haber coincidido en Arista. Por las tardes, al llegar del trabajo, se puede observar a las mujeres afuera de sus cuartos tejiendo o bordando, conversando entre ellas, mientras los niños juegan en la cancha. También es común ver a los hombres jóvenes jugando basquetbol, o bien,

a algunos otros, jugando a las cartas. En el albergue, los niños celebran sus cumpleaños, rompen la piñata y festejan con su pastel. Las familias na savi improvisan su temascal con algunas cobijas y buscan, en lo posible, reproducir su vida cotidiana y las fiestas principales.¹¹

Reflexiones en torno a la inserción social y el acceso a servicios en los destinos agroindustriales

Los asentamientos temporales de las familias jornaleras representan espacios vividos, por tanto, tienen que ser considerados como una extensión de los territorios ocupados por estas familias, ya que forman parte de su vida. Sin embargo, el ser considerados migrantes, personas que van de paso, así como las representaciones racializadas que se construyen sobre ellos y que los caracterizan como inferiores o *tolerados* en función de una cuestión laboral dificultan la inserción social de las familias indígenas en los destinos agroindustriales. Mientras que dentro del albergue de Villa de Arista, estas familias encuentran un espacio cotidiano, cercano a sus comunidades de origen, fuera de él, las acciones discriminatorias se les presentan como un recordatorio constante de que son percibidos como *ajenos* al espacio que ocupan. Por ejemplo, durante la feria del tomate celebrada en Arista en el mes de septiembre:

¹¹ Cabe señalar que las fiestas principales del pueblo tienen lugar en la temporada en la que las familias regresan a sus comunidades de origen, pero hay otros festejos, como agradecimientos u ofrendas, que algunas familias celebran, para los cuales requieren algún rezandero, también jornalero; a esta práctica, se invita a las personas que habitan el albergue.

La gente de Villa de Arista y de comunidades aledañas se congrega en la plaza principal. Un escenario decorado con banderas tricolor atraviesa la avenida principal frente a un palacio festivamente adornado con cadenas de papel de colores verde, blanco y rojo. La iluminación, producto de las luces de focos improvisados a lo largo de la calle y de los puestos ambulantes, le da a la plaza y a sus alrededores una claridad que deja ver filas de gente recorriendo los múltiples puestos, en donde se vende comida, utensilios domésticos, ropa, música, golosinas y zapatos. Se puede ver gente que avanza entre los pasillos de la plaza en familia, o en grupos de mujeres u hombres jóvenes ataviados con “ropa de fiesta”. Fuera de la cuadra que ocupan la plaza principal y el palacio municipal, las calles lucen oscuras y desiertas, salvo por gente que se apresura a llegar a la plaza, sólo llega el sonido proveniente de la fiesta que tiene lugar en ésta, el cual se extiende [...] hasta el albergue para jornaleros agrícolas. En éste la vida cotidiana sigue su curso. Hace algunas horas que los que se dedican a la actividad agrícola regresaron, sólo algunas familias se aventuraron a la plaza, esperando y observando desde alguna orilla. (Herrera, 2018, pp.153-154)

Los espacios de interacción con la población local son limitados y, por lo regular, obedecen a interacciones comerciales o laborales. La barrera lingüística es una de las limitantes que perciben las familias indígenas, pues algunas personas, en conversaciones informales, comentaron que les daba pena acercarse a las tiendas y hablar español, ya que consideran que no lo hablan bien, por ello, suelen enviar a los niños. Además de esta barrera en la comunicación, los discursos racializados respecto a las lenguas indígenas propician prácticas discriminatorias como burlas, molestia o un trato demasiado amable o infantilizante. Varias personas también comentaron que les genera vergüenza sentir que la gente les habla como pensando que “no saben nada”, sensación que prefieren evitar, por lo que limitan sus espacios de interacción al albergue.

En el ámbito laboral hay interacción con población local, pero también se limita a los aspectos necesarios —como ponerse de acuerdo sobre quién va a realizar una actividad en específico—, o bien, mediada por una situación jerárquica, pues los cargos en la administración, supervisión y control están ocupados por la población local. Además, el trabajo se organiza en cuadrillas, las cuales, por lo general, agrupan a las personas indígenas. Otra cuestión documentada respecto a las fronteras entre la población local y los migrantes tiene que ver con la modalidad del trabajo: los jornaleros indígenas suelen trabajar por destajo, mientras que los locales lo hacen por día o por un salario semanal establecido previamente.¹²

Esta situación no sólo señala una diferencia, sino que marca toda una lógica laboral que implica más horas de trabajo y periodos menores de descanso durante la jornada laboral —incluyendo la hora de comida— para las poblaciones indígenas; aumenta la ambigüedad para determinar el pago, y genera un mayor desgaste físico, de salud y emocional, por la presión que supone cumplir con una cuota o llevar la cuenta de lo recolectado.¹³ Esta diferencia sustancial en el trabajo, no sólo conlleva una frontera que separa a locales e indígenas en el ámbito laboral y limita la interacción, sino que también refleja la explotación laboral agravada de las poblaciones indígenas.

Se estima que, en México, 24% de los jornaleros pertenece a algún pueblo indígena —procedente, principalmente, de Chiapas, Guerrero y Oaxaca— y representa la población más

¹² Si bien el trabajo por destajo no es privativo de las poblaciones indígenas, sí se documentó un patrón de trabajadoras y trabajadores agrícolas bajo esta modalidad.

¹³ Si bien existen personas llamadas contadoras o apuntadoras, encargadas de llevar el control de lo recolectado por cada quien (ya sea en una libreta o mediante la entrega de fichas), la informalidad laboral permite escenarios en los que no se respetan los números o se pretende pagar por familia y no a cada miembro que trabajó.

vulnerable dentro del trabajo agrícola (RNJJA, 2019). De la población jornalera:

93.4% carece de contrato; 90.9% sin acceso a instituciones de salud por parte de su trabajo y 85.3% carece de prestaciones laborales [...] 33.3% gana hasta un salario mínimo, y poco más de la mitad, 54.5%, percibe más de uno y hasta dos salarios mínimos. (CONASAMI, 2020)

Estas situaciones se agravan para las poblaciones indígenas. Las construcciones sociales racializadas, junto con las condiciones materiales, estructurales e históricas juegan un papel importante en los procesos de inserción de las familias jornaleras indígenas. Algunas personas locales expresan no querer rentar a familias indígenas, con base en prejuicios y estereotipos sumamente peyorativos. Esto repercute en el tipo de espacios para vivienda y los servicios a los que pueden acceder, y propicia, de cierta manera, que los albergues sean representados como espacios para personas indígenas, con las carencias que esto supone.

Gran parte de esta población, que renta algún cuarto, bodega o se quedan dentro de los campos agrícolas, carece de servicios básicos (agua potable, electricidad, sanitarios),¹⁴ además de que no cuenta con camas, sino que utiliza cobijas o cartones. En el caso de los albergues:

Organizaciones integrantes de la Red, como Respuesta Alternativa y la Pastoral Social de Matehuala han realizado trabajo de campo, en donde han visitado algunos albergues en la región Altiplano: dos en Villa de Arista, uno en Cedral y otro en Vanegias, en los cuales, las condiciones de vida para las y

¹⁴ Lamentablemente, no existen datos concretos sobre el universo de las poblaciones indígenas y el acceso a servicios en los destinos agroindustriales, pues algunos asentamientos se establecen en la clandestinidad.

los jornaleros son deplorables. Se trata de construcciones con habitaciones, área para preparar alimentos y baños para albergar un determinado número de jornaleros/as con sus familias. Sin embargo, no cuentan con los servicios básicos como agua potable, los baños no están en correcto funcionamiento, no disponen de camas (duermen sobre cartones que compran ellos mismos), los colchones están apilados en un cuarto cerrado con llave porque tienen chinches; los techos son de lámina y tienen goteras. En un cuarto se quedan más personas de las que se tiene capacidad. (RNJJA, 2019, pp. 70-71)

Si bien, cuando se realizó la investigación que sustenta este texto, los cuartos contaban con camas y colchones, la calidad del acceso a los servicios señalados en la cita deja mucho que desear, especialmente, porque las instalaciones no son suficientes. El agua se abastece por un aljibe, pero escasea, además, la gente tiene que acarrearla en botes hacia los baños, las regaderas y los lavaderos. Las instalaciones de fogones, baños y regaderas suelen saturarse en los horarios clave: las mañanas, cuando se levantan para ir a trabajar, y la tarde-noche, cuando regresan. Esto también impacta en la calidad del descanso y la alimentación. Para las mujeres jornaleras, supone levantarse más temprano y acostarse más tarde, pues, además de cocinar, llegan a lavar, compitiendo con otras mujeres por los espacios y el agua.

Estas situaciones se reproducen ante la ausencia de políticas y vigilancia de los derechos de los trabajadores agrícolas, pero también se sustenta en las representaciones racializadas que suelen justificar estas condiciones como *costumbre* o al considerar a las mismas familias jornaleras responsables de las condiciones en las que viven en el albergue. Se siguen imponiendo ciertas representaciones que consideran a estos grupos como personas *de fuera* y, con ello, se justifica la irresponsabilidad de las autoridades municipales en los destinos agroindustriales.

Conclusiones

Villa de Arista, en San Luis Potosí, comprende un espacio más dentro de los mercados laborales articulados a la agroindustria de hortalizas en México, y como tal, forma parte también de los circuitos migratorios recorridos por jornaleros y jornaleras agrícolas migrantes, incluyendo poblaciones indígenas, principalmente, de familias originarias de La Montaña de Guerrero. Sin embargo, a diferencia de otros destinos agroindustriales articulados al mismo mercado laboral, en Arista, no se han conformado asentamientos permanentes de población migrante.

Los asentamientos de familias jornaleras en Villa de Arista, aunque temporales, son ocupados, año con año, por las mismas familias que se apropian de estos lugares y los convierten en espacios para la reproducción de la vida comunitaria; son, para ellos, espacios estables a dónde llegar y seguros ante las acciones discriminatorias que padecen de manera cotidiana entre la población local. De estos asentamientos, el albergue para jornaleros de Villa de Arista es el más notorio, pues oficializa la presencia de las familias jornaleras indígenas en el panorama local. Sin embargo, ésta se enmarca en procesos de racialización que conciben a las poblaciones indígenas en términos discriminatorios y peyorativos; los consideran personas ajenas, de fuera, y adjudican su presencia al trabajo agrícola. De manera que el albergue que ocupan es considerado un entorno peligroso por la población local.

Las acciones discriminatorias —incluyendo el considerarlas personas de fuera— impacta en los procesos de inserción social de estas familias, así como en el acceso a los servicios básicos. Dentro del contexto cotidiano de Villa de Arista, se perciben fronteras entre la población local y las familias indígenas; la interacción y los espacios ocupados por las familias indígenas son limitados; se reducen a las

actividades comerciales en la compra de productos y servicios, y al ámbito laboral. Asimismo, estas fronteras se hacen más evidentes en las condiciones laborales y de vida en el albergue, así como la mala calidad de los servicios básicos, debido a que, desde las instituciones y la misma población local, los migrantes indígenas son percibidos como personas de fuera, es decir, son responsabilidad de alguien más, lo que contribuye a la reproducción de dichas condiciones.

Ante este escenario es preciso: 1) visibilizar los circuitos migratorios y las condiciones en las que se desenvuelven las poblaciones jornaleras indígenas, poniendo especial énfasis en los espacios que ocupan y que se convierten en su hogar durante la temporada de cosecha, y 2) repensar los asentamientos temporales como territorios migratorios extensos, no sólo como zonas de tránsito, en los que las personas hacen su vida, reproducen, con la mayor familiaridad posible, sus entornos cotidianos comunitarios, y construyen memoria como parte de sus historias personales, familiares y migratorias. Es decir, es necesario visibilizar su presencia como parte de sus comunidades de origen, de los espacios que ocupan en su tránsito y como parte de los destinos agroindustriales.

Referencias

- Bourgois, F. (1994). *Banana, etnia y lucha en Centroamérica*. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Cárdenas, E. P. (2014). Migración interna e indígena en México: enfoques y perspectivas. *Intersticios Sociales*. (7), 1-28.
- Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP). (2018). *Medición de la pobreza multidimensional y gasto en ramo 33, indicadores a nivel municipal, 2010 y 2015*. México: CEFP.
- Clark, V. (2008). *Mixtecos en la Frontera (Tijuana) sus mujeres y el turismo*. Tijuana: INAH.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). (2020a). *Medición Multidimensional de la Pobreza: Guerrero*. México: Coneval.
- _____. (2020b). *Informe de Evaluación de la Política de Desarrollo Social*. México: Coneval.
- Coordinación Estatal para el Fortalecimiento Institucional de los Municipios (Cefim). (s.f.). *Villa de Arista, S.L.P. Monografías de los municipios de México, San Luis Potosí*. San Luis Potosí: Cefim.
- García M. y F. Decosse. (2014). Agricultura intensiva y políticas de migración laboral: jornaleros centroamericanos en México y marroquíes en Francia. *Migración y Desarrollo*, 12(23), 41-67.
- Garduño, E. (1991). Mixtecos en Baja California: el caso de San Quintín. *Estudios Fronterizos*, 24(25), 87-113.
- Granados, J. A. y Quezada, M. F. (2018). Tendencias de la migración interna de la población indígena en México 1990-2015. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 33(2), 327-363.
- Herrera, M. E. (2018). *De Cochoapa a Villa de Arista, mano de obra para la agroindustria: racialización de la vulnerabilidad del jornalero agrícola*. [Tesis de doctorado]. México: ciesas.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2020).

- Panorama Sociodemográfico de San Luis Potosí. Censo de Población y Vivienda 2020*. México: INEGI.
- Lara, S. (1995). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina efectos de una flexibilidad salvaje. En S. Lara, (coord.). *Jornaleras, temporeras y bóias frías. El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. (13-34). Caracas: Nueva sociedad.
- _____ (2011). Introducción. En S. Lara (coord.). *Los “encadenamientos migratorios” en espacios de agricultura intensiva*. (17-32). México: El Colegio Mexiquense, Miguel Ángel Porrúa.
- Moberg, M. (2003). *Banana Wars. Power, Production and History in the Americas*. Durham: Duke University Press.
- Mora, I. (2007). *Rezagando identidades: el referente laboral femenino en la ruta del tomate*. San Luis Potosí: COLSAN.
- Pedraza, J. F. (1994). *Sinopsis histórica de los municipios de San Luis Potosí*. San Luis Potosí: Gobierno del Estado, Centro Estatal de Estudios Municipales.
- Red Nacional de Jornaleros y Jornaleras Agrícolas (RNJJA). (2019). *Violación de derechos de las y los jornaleros agrícolas en México, primer informe*. México: RNJJA.
- _____ (2020). *La población jornalera agrícola interna en México frente a la pandemia de covid-19*. México: RNJJA.
- Respuesta Alternativa A.C. y Catholic Relief Service (SCS). (2014). *Migración interna (jornaleros internos)*. San Luis Potosí: Servicio de Derechos Humanos y Desarrollo Comunitario.
- Saldaña, A. (2017). Territorio, asentamientos residenciales y migración: el caso de jornaleros indígenas de La Montaña de Guerrero en Morelos. *Nueva antropología*, 30(86).
- Reygadas, G. y Aviña, G. (2012). ¿De quién son los cielos? Tecnologías de manipulación pluvial y conflicto social en San Luis Potosí. *Dimensión Antropológica*, 54, 127-152.